

MACARRO, José Manuel, *La utopía revolucionaria. Sevilla en la Segunda República. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla. Sevilla, 1985. —518 págs.*

El primer título pudiera parecer vago, hasta tópico. Y sin embargo refleja el punto esencial del contenido del libro, y más aún la tesis que lo informa: la revolución social que en la Sevilla de la Segunda República fracasó radicalmente por su excesiva dosis de utopismo. A lo largo de la obra, las ideas que se sientan —confirmadas al mismo tiempo, precisemos, por los hechos que se analizan cuidadosamente— giran una y otra vez en torno a la misma constante.

Pero no pensemos que el libro de José Manuel Macarro se limita a esta tesis, porque en realidad proporciona mucho más de lo que promete. En primer lugar, y vaya esta afirmación por delante, es preciso destacar que no se trata de la típica obra de historia local. Los conflictos sociales y sindicales de Sevilla durante la Segunda República —*Sevilla la Roja*— trascendieron de su propio ámbito y se convirtieron con alta frecuencia en problemas de alcance nacional por las consecuencias que desencadenaron y por el interés e inquietud que hubieron de suscitar en los gobiernos, en los partidos, en las centrales sindicales, en los medios de comunicación y en el ciudadano medio. Pero no es sólo eso. Es que Macarro, huyendo deliberadamente de la atracción del localismo, hace con frecuencia historia de España, y hasta se asoma cuando hace falta fuera de nuestras fronteras, para comprobar de dónde vienen determinadas ideas o determinadas consignas; sin que ello rompa la unidad de la obra, porque este esfuerzo de ampliación sirve justamente para darle coherencia y permite contemplar el panorama en sus verdaderas, complejas y amplias dimensiones.

Tampoco se limita a los movimientos sociales revolucionarios. El análisis sobre la situación económica de la ciudad, después del esfuerzo por organizar (en 1929) la Exposición Iberoamericana, y justo cuando se abate el mazazo de la Gran Depresión, es especialmente ilustrativo. El hundimiento de Sevilla, sobre todo en contraste con un al menos aparente esplendor de años antes, resulta más espectacular que en otras

partes, y viene a deparar a la ciudad unas condiciones de vida y desenvolvimiento muy peculiares. Macarro es especialmente sincero — como no parece serlo una buena parte de la historiografía especializada — al reconocer que quien llevó la peor parte en la nueva coyuntura fue la clase patronal, que hubo de sufrir las más duras condiciones, y a las que quedó prohibido permitirse el lujo de la generosidad. El obrero vio empeorar o mejorar su situación, según que cayese en la gran fosa del paro o no: un paro que fue de importantes proporciones, pero no, a la vista de lo investigado, tan fuerte como con frecuencia se ha dicho.

El incremento de los salarios, del orden de un 30 %, no resolvió la situación de miseria de muchos trabajadores, una miseria que venía de siempre, y que seguía explicando o justificando tantas actitudes; pero no es un dato que ayude a comprender mejor el incremento de las protestas sociales en un momento en que, además, los precios tienden suavemente a la baja. Hay que recurrir más bien a lo que Willen Smit llama «ley de las expectativas frustradas» como uno de los elementos más típicamente desencadenantes de las revoluciones históricas. Por obra del utopismo, de convicciones subconscientemente arraigadas, hasta si se quiere de la demagogia, se esperaba todo de la República: es decir, se esperaba demasiado, que es lo peligroso. Y la República, maniatada por las condiciones de la coyuntura y por sus propios problemas internos, no podía responder a las esperanzas. De aquí la sensación de frustración y desengaño, hasta una especie de conciencia de traición, difundidas entre la masa obrera, y poderosas movilizadoras de actitudes. Las precisiones de J. M. Macarro en este sentido pueden ayudarnos a comprender muchas cosas en Sevilla y fuera de Sevilla.

No menos enriquecedor es el estudio que el autor realiza de las condiciones reales de vida en la Sevilla de la época: la población, su distribución sectorial, la incidencia del paro, los precios de consumo, los salarios, las condiciones de trabajo, la vivienda... Es un marco que nos permite comprender mejor los hechos de superficie, y que resta al menor sucedido todo posible carácter de anécdota. El intento de comprensión y el deseo de ponderar la incidencia de todos los factores multiplican el valor de la aportación histórica que aquí se nos ofrece.

El centro de gravedad de la tesis de Macarro envuelve la práctica de los movimientos sociales, y muy especialmente las huelgas, cuya estadística, relacionada con los motivos, mecanismos e implicación, resulta por demás esclarecedora. Sirva un ejemplo: es mucho mayor (y por supuesto, de más vastos alcances) el número de huelgas de solidaridad que el de aquéllas que se organizan por reivindicaciones salariales. Y es posible que aquí se nos proporcione como en pocas obras de investigación la correspondencia entre la teoría y la práctica, entre las consignas y las realidades, entre las declaraciones y los sucesos concretos de cada día. La historia de la revuelta social se ha hecho muchas veces

a través de lo que se dijo y se acordó en los Congresos, o lo que aparece publicado en los panfletos y las llamadas. Qué es lo que de esas esferas dirigentes trascendió al comportamiento real del trabajador en este y aquel caso, ha sido un tema más cortamente tratado hasta ahora. Tenemos la impresión de que la investigación de Macarro quiere y consigue romper con esas limitaciones, y nos permite obtener una más completa —y satisfactoria— explicación integral.

La parte más amplia de la obra es aquélla en que el autor estudia, tanto por separado como en su conjunto la teoría y la acción de las tres grandes sindicales de la época: la CNT anarquista, la UGT socialista y la Unión Local de Sindicatos, dominada por los comunistas. No es posible resumir aquí la magnitud de la aportación que Macarro realiza en este punto, y que viene a destruir muchos mitos y a ilustrarnos un panorama a primera vista complejo y contradictorio con nuevos y precisos enfoques. Pero la nota predominante, que sale a la luz una y otra vez, es el utopismo, la fe ciega en la teoría pura, que se cree científica e infalible, la esperanza en un proceso que se ve ineluctable, la pretensión de hacer posible lo imposible, y, en suma, un casi desconcertante no vivir en la realidad, fuente a la larga de nuevas frustraciones.

La CNT era la fuerza más poderosa, al menos en cuanto a censo, del sindicalismo sevillano de la época; pero al mismo tiempo la más ineficaz desde el punto de vista del desequilibrio entre sus medios y sus fines. Imbuída de una concepción idealista del hombre y sus comportamientos, soñadora de paraísos fáciles, veía la Revolución como un todo inmediato para el que sólo bastaba la destrucción de lo existente: de la ruina que resultase, brotaría espontáneamente el paraíso. Fue su vivir en otro mundo —o creer que se vivía en otro mundo— la causa de que su acción se estrellase una y otra vez contra una realidad que era mucho más compleja de lo que su filosofía era capaz de imaginar, y, que, por supuesto, no se podía desmontar sin método. El anarquismo chocó, además, con la realidad viva de la República, de sus engranajes y órganos, de sus programas, incluidos, por supuesto, los programas de reforma social. En vez de valerse del nuevo régimen, de utilizarlo, de presionarlo, de exigirle, quiso suprimirlo, convencido en todo caso de la «intrínseca perversidad del Estado». Se colocó fuera de juego, y se expuso a todas las consecuencias de esa autoexclusión. Su visión maximalista «dividió el mundo entre el anarquismo y lo que no entraba en él» (pág. 471). Suele argüirse el utopismo de los movimientos anarquistas y anarcosindicalistas en su etapa decimonónica, en su época preponderantemente catalana de los dos primeros decenios de este siglo, en el «trienio bolchevique» en Andalucía; se insiste mucho menos en esta connotación para la época de la República. Y hacía falta que alguien lo hiciera.

De todo ello deriva la enemiga de los anárquicos no sólo al capita-

lismo o al Estado, sino también a las otras organizaciones obreras que no compartían su forma de entender el mundo. Si no hay, categóricamente, más verdad que la anarquista, todo cuanto caiga fuera de su órbita queda en la sombra de la mentira, y será tanto más peligroso si detrae masas de trabajadores hacia concepciones obreristas mentirosas y por tanto fuera del auténtico y necesario camino. «La Confederación (CNT) no era un grupo similar a otros grupos, sino que era la única representación de todo el pueblo. Los anarquistas no eran portadores de una forma de transformación social, sino de la definitivamente redentora que instauraría la categoría de lo humano» (pág. 472). Una concepción «providencialista», milenarista, absoluta y utópica conduciría al fracaso, y del fracaso al desengaño...

Los sindicatos comunistas, por el contrario, no constituían un movimiento autónomo y espontáneo de por sí, sino que se consideraban uncidos a unas directrices emanadas de fuera y que había que seguir con estricta disciplina. En este sentido, es sumamente valioso el análisis que Macarro, prevalido de una sólida información— hace de los principios y normas internas de la Internacional Comunista, y en particular de su VI Congreso. Las consignas de Manuiski, por citar un caso bien explícito, eran seguidas como si procedieran de un oráculo sagrado. Todo es dogmatismo, afirmación de verdades absolutas, de sentencias pretendidamente científicas cuya aplicación no puede fallar. La sumisión a la consigna exterior pasaba por un concepto universalista y unívoco de la Revolución, que no era la revolución de aquí y de ahora, inmersa en una situación y circunstancia determinadas, sino la Revolución en sí, el resultado de una ecuación matemática, asbtracta y absoluta, aplicable científicamente, con total indiferencia de circunstancias, a todas las situaciones posibles. La mentalidad comunista de entonces «sustituía el conocimiento de la realidad por una valoración previa de ella» (pág. 474): es decir, incurría no ya en un prejuicio, sino en una concepción tan utópica y tan alejada de lo concreto como en el caso de los anarquistas.

La central socialista, la UGT, es quizá la estudiada con menos extensión en el libro de Macarro, tal vez como consecuencia del papel que le cupo en el conjunto. A través del estudio que el autor realiza particularizadamente, aparece sin duda como la más posibilista de las tres fuerzas, tratando de seguir un programa coherente de reivindicaciones dentro de una situación que se suponía evolutiva, y susceptible en el futuro de nuevos ensanchamientos. El hecho de que el socialismo estuviese parcialmente en el poder debió influir en su actitud de revolución progresiva y no rupturista durante el bienio de izquierda. Pero la UGT sevillana era mucho más débil que las otras dos fuerzas sindicales, y su peso en el conjunto no fue relevante. Luego sí, luego fue cobrando fuerza en una bien llevada campaña de captación; pero coincidió su

crecimiento con el bienio de derecha, la revolución de octubre y el rupturismo caballerista; por lo que la obra de la UGT en la época en que tuvo verdadero incremento se tradujo en un acercamiento a las actitudes de las otras fuerzas, y en el recurso a un revolucionarismo radical del que difícilmente podía salir otra cosa que la guerra civil. Fue la suya una radicalización que ya no podía contribuir a la construcción de un nuevo orden.

Dos consecuencias deduce Macarro de esta falta de sentido de la realidad, y las dos se resumen en un resultado de fracaso. Una es la actitud autoexcluyente, en que cada fuerza en lucha se opone no sólo al enemigo común, sino que con gran frecuencia convierte también en enemigos a los compañeros de camino; o por lo menos hace extraordinariamente difícil, laborioso, ineficaz, y por supuesto efímero, el diálogo. Faltó compenetración, un saber obrar en común. Y la segunda consecuencia es el desengaño, una especie de hastío revolucionario rastreable ya en 1935, que hace que el Frente Popular tenga en Sevilla —curiosamente— mucha menos vitalidad de acción que en otras partes de España.

Los maximalismos de los movimientos obreros ni hicieron ni dejaron hacer a las autoridades de la República. Pretendieron lo imposible y renunciaron a lo posible. Habría que ver hasta qué punto estas conclusiones que la abrumadora acumulación de fuentes por Macarro hace apodícticas para el caso sevillano, son extrapolables a otras partes. La preocupación del autor por ampliar una y otra vez el ámbito de sus análisis permite suponer que unas cuantas de entre ellas, al menos, sí lo son.

José Luis Comellas

ESCUDE, Carlos, Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina. (1942-1949). Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1983.

El autor, sociólogo graduado en la Universidad Católica Argentina, tuvo la oportunidad de realizar estudios de post-grado por una beca del C.O.N.I.C.E.T. en las Universidades de Oxford y Yale, circunstancia que le permitió acceder a una gran cantidad de material documental recientemente abierto a la investigación.

El objetivo de Escudé en el presente trabajo consistió en tratar de investigar las «causas de la decadencia argentina» y para ello, con material documental inédito, efectuó una importantísima contribución

histórica que a la vez indica claramente su vocación integralista, ya que en el presente estudio además del sociólogo se aprecia un historiador, un político, un economista y fundamentalmente un argentino que ama y le duele su país.

Antes de analizar el contenido de la obra también merece resaltarse la importancia de trabajos como el presente que intentan comprender la realidad de nuestra patria en el contexto de la historia universal; aspecto que le permite una visión más amplia de las presiones e intereses que influyen sobre nuestra actitud nacional.

El autor parafrasea a Donald Easum, cuando afirma aún en 1953 que «aunque independizada por medio de la revolución de la España imperial y monárquica, la Argentina permaneció una potencia europea. Su cultura era francesa, su población italiana y española, su republicanismo oligárquico y aristocrático (...) y su economía se afilió directamente al capitalismo internacional británico» (cfr. p. 39). Posteriormente hace referencia al importante papel cumplido en la conferencia de Washington de 1889 por los representantes argentinos Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana, quienes acuñan el lema «América para la Humanidad» en respuesta a la doctrina Monroe, señalando claramente la vocación de liderazgo panamericano que existe en nuestro país —y que afloró recientemente con motivo de la guerra de las Malvinas— convirtiéndose en una verdadera competencia con la vocación de «imperialismo moral» de los Estados Unidos de Norteamérica. Esta circunstancia fue claramente apreciada por el embajador británico en U.S.A. lord Inverchapel al escribir en 1947 al Foreign Office: «durante cuarenta años o más, la Argentina ha sido una espina en la carne de sucesivos gobiernos norteamericanos, en razón de haber liderado continuamente la resistencia latinoamericana a la hegemonía de los Estados Unidos sobre el hemisferio occidental. Tanto los liberales argentinos —entre ellos, el doctor Saavedra Lamas— como los nacionalistas y militaristas, han exasperado a los estadistas norteamericanos en su pretensión de ser la voz de América Latina contra la dominación «yanqui» o la «diplomacia del dólar» (cfr. p. 50/1). Escudé añade que «en la Argentina, el sentimiento antinorteamericano no fue, de manera alguna, el patrimonio exclusivo de las ideologías de izquierda; por el contrario, era asimismo una característica del pensamiento conservador... y ... la existencia de un pequeño aunque por momentos influyente grupo de oficiales pro-Eje en el ejército daría a los imperialistas morales norteamericanos la justificación ideal para dar rienda suelta a su ira «justiciera» (p. 71).

El autor analiza, tras fijar sus principios de teoría política, las relaciones triangulares entre los países que estudia y detalla básicamente la política seguida por EE.UU. por medio de Cordell Hull, definida por su subsecretario Summer Welles como de un «sesgo anti-argentino casi

psicopático», como también sus apreciaciones que Argentina era un «mal vecino» cuando realmente debería haber considerado que «no era un vecino». Así escribe Escudé «la obsesión de Hull pareció haberle llevado a él y a sus hombres a interpretar todos los acontecimientos argentinos en función de la Segunda Guerra Mundial; la lucha entre grupos pro-aliados y pro-Eje, era para ellos la clave para interpretar todos los cambios» (p. 113) o como escribía el embajador inglés David Kelly «durante los próximos tres años (1943-46) la continua guerra de palabras y alfilerazos librada contra el régimen militar por los Estados Unidos condujo a la sucesiva expulsión de los elementos más moderados del gobierno, y finalmente, a la elección, con enorme voto popular, del coronel Perón» (cfr. p. 114) o también «desde este momento (1943) hasta fines de 1944, el Departamento de Estado operó bajo el supuesto de que poseía un mandato de la ciudadanía argentina para forzar a la Casa Rosada a 1) romper relaciones con Alemania, Italia y Japón, y 2) prestar toda ayuda a los aliados» (p. 115/16). Y concluye Escudé «Washington no presionó a la Argentina para facilitar las operaciones militares aliadas sino para destruir a un gobierno que se oponía al liderazgo hemisférico norteamericano, sin querer comprender que, por razones profundamente arraigadas en la historia económica y la tradición diplomática, virtualmente cualquier gobierno argentino hubiera compartido esta actitud (de no alineamiento)» (p. 128). Sobre este mismo tema explicaba un analista norteamericano que «el no alineamiento argentino no representaba una amenaza mayor que la representada por las potencias neutralistas de Irlanda, Suiza y España para los intereses de los Estados Unidos. Sin embargo, la postura de Washington hacia estas naciones difirió ampliamente de su línea dura hacia Buenos Aires. A pesar del hecho de que la Argentina era abastecedora importante de carne, trigo, cueros, tungsteno y otras materias primas vitales para los aliados durante la guerra, el «establishment» de asuntos exteriores norteamericano usó, entre 1942 y 1944 prácticamente todas las técnicas conocidas en la comunidad internacional excepto el asalto militar para desestabilizar a tres gobiernos argentinos y forzar a la nación a aceptar incondicionalmente el liderazgo norteamericano en asuntos extra-hemisféricos» (cfr., p. 62/3).

Estas sabrosas apreciaciones nos tientan a seguir transcribiendo textos tan sugerentes como los antedichos que resumen la tesis de la obra, pero el espacio nos lo impide. Agreguemos que el autor añade —con similar profundidad— un detallado análisis de los factores internos del gobierno norteamericano en la toma de decisiones (así aparecen Hull, Welles, Spruille Braden, Rockefeller y Morgenthau entre otros); como también el boicot económico contra la Argentina como castigo por su actitud en la guerra, la célebre compra de los ferrocarriles, la

quiebra de la asociación económica anglo-argentina y la política agropecuaria de Perón.

Finalmente Escudé nos llama la atención sobre los peligros de una interpretación uni-casual de la realidad histórica en dicho período, aunque señala la importancia que tuvieron estos factores agregados a las sanciones diplomáticas, el equilibrio norteamericano a favor del Brasil, la negativa de aportar el plan Marshall y aun la inconvertibilidad de la libra esterlina todos factores que ayudaron a la «declinación argentina», concluyendo que «Si Gran Bretaña ganó la guerra pero perdió la posguerra, y Alemania perdió la guerra pero ganó la posguerra, la Argentina perdió ambas: la guerra y la posguerra» (p. 379).

Investigaciones encaradas con la seriedad del trabajo de Escudé que conserven el criterio integral y analicen nuestra situación política en el contexto de la política internacional deben ser fomentados entre los historiadores y los investigadores de otras áreas afines y trabajos de esta índole deben ser leídos pues nos permiten una mejor comprensión científica de la compleja realidad que estamos viviendo y, en la medida que nos muestren las causas de nuestra crisis nos aportarán elementos que nos permitirán superar el enorme escepticismo que estamos viendo.

Florencio Hubeñák

MANUEL, Frank E. (comp.). *Utopías y Pensamiento Utópico*. Madrid, Espasa Calpe, 1982.—380 páginas.

El libro que hoy reseñamos consiste en una serie de artículos que desde especialidades y enfoques diversos intenta plantear el estado en que se encuentra el tema de las «utopías» en la historia del pensamiento contemporáneo. En la introducción debida a la pluma de Frank E. Manuel —psicólogo— se describe una brevísima historia de la Utopía (U-topos = en ningún lugar) y se sintetizan las ideas fundamentales de cada uno de los colaboradores que conforman la recopilación.

Lewis Mumford —especialista en el tema de la sociología e historia urbana— plantea un desarrollo histórico de la cuestión utópica en relación con la máquina (cfr. su «El mito de la máquina». Emecé, 1967 y su más reciente «La ciudad en la historia») aseverando que a través de la influencia egipcia Platón aporta los principios de la civilización urbana basada en la mano esclava; esquema que solamente logró modificarse con el empleo de la máquina que, al reemplazar libertad por técnica, permitió el logro de una ciudad ideal, por ello la utopía —según el

autor— sólo es realizable por medio de la máquina. Mumford agrega que en este aspecto, el siglo XX permitió la «Nueva Máquina Invisible» y Autónoma. Así escribe: «Con este nuevo ensamblaje mecánico llegó el uniformado ejército vigente, cuyo uniforme fue, como tal, después de la imprenta, el primer ejemplo de producción mecanizada en masa; y ese ejército, sucesivamente fue disciplinado de nuevo, en todas partes, mediante el mismo tipo de rigurosa instrucción —introducida por Guillermo de Orange— que produjo la falange sumeria o la macedónica. En el siglo XVIII, esta amplificada disciplina mecánica se transfirió a la fábrica. Sobre estos fundamentos se formó el nuevo orden mecánico, basado en mediciones cuantitativas, indiferente a las cualidades o a los propósitos humanos. Tal como fue bosquejada por Galileo y Descartes, la nueva ideología de la ciencia, que, en definitiva, había de llegar a ser el componente central de la Máquina Invisible, redujo la realidad a lo contable, a lo mensurable, a lo controlable; en otras palabras, al mundo universal de la máquina, tanto visible como invisible, tanto utilitaria como ideal» (p. 51).

A este excelente —y quizás uno de los más profundos artículos— continúa el aporte de Northrop Frye sobre las «Utopías literarias» en que sostiene entre otros conceptos el papel de la educación, del estado ideal, de la sociedad unificada, de la existencia de utopías únicamente en sociedades de élite y sus interesantes apreciaciones sobre los mitos políticos como, por ejemplo, el contrato y la edad de oro. El autor concluye diciendo que «La opinión popular americana y la comunista, siendo superficialmente diferentes, tienen en común el supuesto de que aumentar el control del hombre sobre su entorno es aumentar también el control del hombre sobre su destino. La negativa a aceptar este supuesto es el principio de la sátira utópica moderna» (p. 75).

Crane Brinton —conocido en nuestro medio por su «las ideas y los hombres. Historia del pensamiento occidental»; «La moral en Occidente» y «Los jacobinos» entre otras muchas publicaciones— estudia la relación de la Democracia con la Utopía, denominando al sistema político vigente en el mundo libre como «difusa utopía de la democracia occidental» basada en una planificación artificial debida a la élite intelectual que reemplaza la aristocracia tradicional. Sobre esta utopía democrática acota: «Esta utopía ha de realizarse en este mundo y no en el otro. La democracia no es el cielo, y tampoco «promete la luna». Ni siquiera es una proyección en un futuro «remoto». La felicidad que ella desea no es ningún tipo de «nirvana», teoría, éxtasis místico, trascendencia, sino que simplemente ha de incluir comodidades materiales triviales y satisfacciones sensuales» (p. 90). Tras destacar su profundo escepticismo con respecto a las élites Brinton —en su tema específico— critica las filosofías actuales afirmando que «en la mitad de nuestro siglo sobreviven restos de la mayor parte de las filosofías, pero las únicas que

están verdaderamente de moda (en el sentido no demasiado peyorativo de la palabra) son el existencialismo y el neopositivismo (o filosofía lógica, filosofía analítica o filosofía lingüística), probablemente mucho menos extendido entre el público culto en general. El primero, incluso en su forma cristiana, apenas es otra cosa que un estoicismo desconfiado del instrumento del pensamiento tal como se le entiende convencionalmente. El segundo, aunque rigurosamente racionalista, o científico, en sus métodos, se ha confinado deliberadamente al reducido campo de los problemas que considera susceptibles de solución, descartando por insolubles la mayoría de los problemas que han ocupado a los filósofos desde Tales» (p. 95). Concluye expresando que «las masas todavía creen en el Progreso... y ello es una Utopía» (p. 100).

El propio Manuel esboza «una Historia Psicológica de las Utopías» basándose en los «sueños utópicos» tendientes a crear una sociedad ordenada socialmente bajo un condicionamiento educativo, que a través del gobierno de los intelectuales (técnicos) asegure la tranquilidad vital («felicidad estable» en el sentido epicúreo-estoicista). El autor —en su concepción psicologicista— afirma la modificación de la escala psicológica de los valores a través del siglo (así ejemplifica con la libertad sexual en el Tahiti del siglo XVIII) para concluir su análisis «histórico» en el siglo XX en que las utopías se habrían convertido en verdaderos programas políticos que denomina «evolucionista» (cfr. con la Noosfera o el Noosistema de Huxley) e «historiofilosófico» (cfr. con Jaspers y su segunda era axial o en Toynbee y su Eterrealización). Finalmente Manuel concluye con la «utopía adamita» y especialmente se refiere a los freudianos (o freudo-marxistas más exactamente) como Reich, Fromm y Marcuse, cuya significación en los postulados del mundo que vivimos hemos subestimado generalmente.

Judith Shklar inicia el conjunto de autores que descreen de la existencia de la utopía y basa sus consideraciones fundamentalmente en los trabajos del alemán Karl Manheim («Ideología y Utopía». Aguilar, 1966), sosteniendo que en nuestro tiempo la ideología reemplazó a la utopía, diferenciando claramente la «utopía clásica» (intelectual) de la «moderna» que tras la Revolución francesa se convirtió en un manifiesto político destinado a dar una nueva respuesta a un mundo nuevo». Interesante la apreciación de la autora cuando considera que las utopías clásicas eran todas «ataques a las teorías radicales del pecado original» (p. 143). En la esencia de la «nueva utopía» Shklar reubica a Manheim, cuya respuesta afirma «fue proporcionar el anteproyecto de una sociedad futura dirigida por una élite intelectual conocedora de la sociología del conocimiento, capaz tanto de transformar como de controlar la historia en aras de la libertad, la democracia y la racionalidad» (p. 141).

El soviétólogo Adam Ulam —autor de cantidad de obras conocidas en nuestro medio entre las que podemos destacar «La revolución in-

conclusa». (EUDEBA, 1981) analiza la utopía en relación con el socialismo. Allí escribe «al parecer, el socialismo es la ideología de nuestro tiempo. Un tercio de la humanidad está gobernado por regímenes que se proclaman socialistas. De la misma manera que en el siglo XIX ningún país balcánico podía llegar a ser independiente sin que sus líderes se quitasen sus pintorescos trajes típicos y se pusiesen la levita, el pantalón de corte y la chistera, profesasen el liberalismo y hablasen en la jerga de John Stuart Mill y de Gladstone, así hoy la independencia de Zambia o de Argelia va seguida inmediatamente por la adhesión a la marca «africana» o «árabe» del socialismo por parte de sus líderes locales. Pero en la realidad el socialismo como ideología se ha vuelto estéril y carece de emoción» (p. 155/56). Ulam sostiene el ocaso de las utopías y su reemplazo por las anti-utopías, en las cuales «las edad de oro vuelve al pasado». Con visión histórica hace referencia a la utopía liberal o progresista, por la cual «la posición prepotente de Occidente no era para él una fuente de vergüenza, sino de orgullo y de obligación de extender los beneficios del industrialismo y del constitucionalismo a África y a la India» (p. 164) y cómo su materialismo intrínseco llevó a su caída y su posible reemplazo por el socialismo que tampoco «fue puerto de reposo y armonía, pues al devoto se le recuerda austeramente que en esta institución humana (el Partido) sumamente perfecta aparecerán inevitablemente y periódicamente las semillas de la corrupción; por una parte, el revisionismo, y, por otra, el dogmatismo y el sectarismo. Así, el comunismo reintroduce triunfalmente lo que todas las utopías trataban de expulsar de la existencia terrenal: el pecado» (p. 169/70). El autor concluye mostrando cómo Rusia pareció ser el terreno fértil para la utopía comunista y cómo «el campesino era considerado como una versión socialista del buen salvaje» (p. 171) y finalmente, agrega que «el triunfo bolchevique estaba abocado a resucitar la tradición socialista utópica en Occidente, donde el liberalismo fue enterrado por dos guerras y por la depresión. Por vez primera, la utopía se situaba en un país real, en el que los visitantes, si tenían inclinación a ello, podían ver el futuro en funcionamiento. En esta lcaria real se encontraban muchos rasgos de las utopías anteriores: la igualdad, el autócrata omnisciente y bondadoso, identificado, primero, con el Partido y, luego, con una persona. Y sobre todo se encontraban la planificación y el pleno empleo, los cuales se convirtieron en objetos del culto utópico entre las dos guerras mundiales»... pero «las naciones emergentes reclaman automóviles y lavadoras. Su marca socialista, examinada de cerca, se presenta como un nacionalismo recubierto de un fino barniz de eslóganes y símbolos extranjeros» (p. 174 y 175).

Paul Sears se inclina por una interpretación ecológica en la cual el hombre es denominado «homo manipulador» y parte del eco-sistema por medio de la ciencia, ya que el hombre actual por medio de la

tecnología puede manipular y modificar —para bien o para mal— su entorno. Según el autor las antiguas utopías morales se convirtieron en científicas y hacen peligrar el entorno natural.

El trabajo de John Maynard Smith como era lógico se inclina por la investigación biológica y nos advierte cómo es posible alterar las capacidades biológicas de la evolución humana, dedicando importantes consideraciones —ajenas a la ética— sobre el control de la natalidad y una eugenesia positiva. Una vez más encontramos la distancia sideral que separa a los biológicos y técnicos de los filósofos y los humanistas, para no hablar de los teólogos.

John R. Pierce, en cambio, analiza el avance del mundo actual en el campo de la tecnología de las comunicaciones, señalando que su relación con el transporte augura un «Mundo Feliz Futuro» (cfr. p. 224). Diríamos nosotros, la utopía al revés.

Bajo el subtítulo de la «Utopía como práctica» encontramos el aporte de Maren Lockwood, investigadora especializada en el estudio de la comunidad utópica de Oneida (1848), cuyo avance en el contexto de la «marcha hacia la frontera norteamericana» analiza la autora señalando la relación directa de la búsqueda esperanzada de un Paraíso Terrenal de las nuevas sectas norteamericanas con el pragmatismo yankee que ayudó a la construcción de los Estados Unidos de Norteamérica.

François Bloch-Lainé integra el núcleo de investigadores que consideran a la utopía como el paso necesario de la humanidad hacia la reforma de sus modos de vida e instituciones. Es por ello que sostiene la necesidad de proyectar una utopía aceptable, destinada a «organizar el mundo social del mañana»; utopía que debe reunir la concepción tecnológica con la vía democrática mediante la reforma de un modo tal que equilibre libertad con eficiencia. Bloch-Lainé no duda en presentar como axioma que «el futuro será una época de tecnocracia moderada por la democracia», aunque aclara que «hay que tomar medidas para que el técnico no domine mañana a quienes hoy le otorgan el poder» (p. 267).

Bertrand de Jouvenel, el conocido politólogo francés volcado en los últimos años hacia el «homo cibernantropus» expone algunas ideas originales sobre el desgaste de energía creada que el mundo actual malversa en «velocidad» como también cómo el estilo de vida ideal que se propone no responde a las instituciones vigentes creando una versión más de la angustia que rodea y enferma al hombre contemporáneo. Después de plantear una serie de ideas sobre los mecanismos y modificaciones tendientes a crear un modo de vida agradable concluye, «si aspiramos al «día bueno del hombre corriente», quizá descubramos un gran cambio en nuestras prioridades, muy posiblemente que nuestros esfuerzos están mal repartidos y que algunas de las cosas que se hacen

no valen la pena. Esto tendría gran importancia para los países «en vías de desarrollo» (p. 286).

Sobre el aspecto eterno de la Utopía George Kateb retorna al concepto clásico de la necesidad del ocio —y de la abundancia— para obtener una vida buena, aspectos en los que corresponde reconquistar el juego como elemento básico (cfr. con el «Homo Ludens» de Hui-zinga). El autor asimismo hace mención al concepto griego de «areté» entendida como la vida contemplativa que prioriza los valores más elevados, proponiendo suprimir barreras que la humanidad ha ido construyendo entre la fantasía y la realidad, quitándole sabor al «juego de la vida».

El celebrado historiador de las religiones Mircea Eliade aporta, con el nivel a que nos tiene habituados, interesantes reflexiones sobre «Paraíso y Utopía» centrándose fundamentalmente en la necesidad de recuperar los orígenes religiosos de la política. Para fundamentar su tema analiza la cosmovisión de los tupí-guaraníes y el «Paraíso Americano», recordándonos que «la colonización de las dos Américas empezó bajo un signo escatológico: las gentes creían que había llegado la hora de renovar el mundo cristiano, y la verdadera renovación era la vuelta al Paraíso Terrenal o, cuando menos, el comienzo, otra vez, de la Historia Sagrada, la reiteración de los prodigiosos acontecimientos de que se habla en la Biblia» (p. 315) y concluye afirmando «hemos visto hasta qué punto la América moderna es el resultado de estas esperanzas mesiánicas, de esta confianza en la posibilidad de alcanzar el paraíso aquí, en la tierra, y de esta fe en la juventud y en la sencillez de espíritu y de alma» (p. 322).

Frederick Polak relaciona la Utopía con el Cambio como deseo de exploración del futuro —de base religiosa— con participación humana (utopía) o sin ella (escatología). Son sumamente interesantes sus apreciaciones sobre las «imágenes del futuro» (cfr. p. 341/42) que elabora el pensamiento y que, según el autor, «cuanto más examinamos la historia, más cuenta nos damos de que la propagación de imágenes positivas del futuro que tienen una resonancia social es un factor dominante en la generación de pautas culturales» (p. 344). Finalmente concluye Polak afirmando que «será preciso que una nueva élite reflexione seriamente sobre —y se reoriente totalmente hacia— unas imágenes del futuro nuevas y galvanizadoras. Únicamente las imágenes del futuro que pueden representar una sociedad drásticamente cambiada, pero viable, pueden ayudar a escribir la historia de un futuro mejor» (p. 350).

Esta sugestiva e interesante recopilación sobre el tema utópico termina con un trabajo del teólogo e historiador protestante Paul Tillich en su «Crítica y justificación de la Utopía», donde con un criterio eminentemente dialéctico analiza las características positivas de ésta:

verdad, fecundidad y poder y luego les opone las características negativas: no-verdad, esterilidad e impotencia, considerándola suspendida entre la posibilidad e imposibilidad; oposición que únicamente se supera —en opinión del autor— por la trascendencia.

El renombre de los colaboradores, la seriedad y enfoque de los trabajos recopilados y algunos aspectos que surgen de la presente recensión nos permiten una clara idea del contenido y justifican el juicio de su importancia e interés para quienes se preocupen por la temática humana, especialmente en relación con los aspectos políticos y religiosos como también aquéllos que pretendan comprender nuestra época para trabajar —no utópicamente— por un mundo mejor.

Florencio Hubeñák

GRIFFITH, William E. *Las Super-potencias y las tensiones profesionales*. Buenos Aires, Tres Tiempos, 1983. —190 págs.

Una de las dificultades más comunes a quienes se interesan por la política internacional contemporánea radica en la escasez de material actualizado y la cada vez mayor complicación para lograr suscripciones de revistas especializadas. En este aspecto este libro ayuda a cubrir este vacío.

Por otra parte resulta de interés para aquéllos que por desconocimiento o amparándose en la velocidad de nuestra información periódica «estilo telegrama» siguen creyendo que vivimos en el mundo armado en la Conferencia de Yalta o caracterizado por la política de la distensión.

El autor es profesor de Ciencias Políticas en el célebre Instituto Tecnológico de Massachusetts y de Historia de la Diplomacia en la Universidad Tufts; como también se deben a su pluma una serie de importantes trabajos como: «La izquierda europea» y «El Imperio soviético», no traducidos al idioma castellano. Puede resultar igualmente significativo señalar que desde 1977 es consultor del Consejo Nacional de Seguridad en los Estados Unidos de Norteamérica.

La obra que hoy reseñamos —originalmente publicada en U.S.A. en 1982— analiza —como el propio autor señala en el prefacio— la interacción entre las relaciones bilaterales soviético-estadounidenses y los problemas europeos.

Con esta introducción podemos intentar dividir la temática en dos grandes partes referidas a la política de Defensa la primera y al disenso en el bloque de Europa oriental la segunda, separadas por un trabajo compartido con John Van Oudenaren denominado «Economía y Ener-

gía», en el que se analiza la crisis energética y sus consecuencias económicas y políticas.

En la llamada primera parte Griffith establece las causas de la política de la «detente» iniciada por Krushev, basada fundamentalmente en el temor a una posible alianza chino-estadounidense-europeo occidental mientras se iniciaba un avance considerable en el campo nuclear destinado a alcanzar a los EE.UU. Según el autor «hacia 1981, Moscú y Washington eran capaces de destruirse mutuamente. La URSS tenía paridad nuclear con Estados Unidos, superioridad convencional y se estaba fortaleciendo también con vistas a la paridad naval. El Tercer Mundo era más inestable y más activamente antioccidental y tanto Occidente como Japón dependían en forma abrumadora del petróleo de Medio Oriente» (p. 15). En el contexto del plan estratégico soviético Griffith considera que para Moscú, el control de armamentos era una sola parte de una estrategia mayor, cuyo contexto contribuía a reducir el riesgo de una guerra nuclear, a desmovilizar a Estados Unidos y sus aliados de modo que fuese menos probable su réplica ante el reforzamiento militar de la URSS y su ayuda en armamentos a los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo y a limitar el vasto despliegue estadounidense de nueva tecnología militar» (p. 31). Y concluye este aspecto afirmando que «a principios de 1981, la situación parecía ser que Estados Unidos llevaba ventaja en investigación y desarrollo, mientras que la URSS la llevaba en cuanto a despliegue» (p. 36).

En otro aspecto el autor hace especial hincapié en la existencia de una contrarrevolución cultural norteamericana, surgidas en las regiones menos urbanas y menos europeas de los EE.UU. que se ha manifestado fundamentalmente mediante la elección presidencial de Reagan. Así señala que «hacia 1981, la mayoría de los norteamericanos querían recuperar el control de la economía y los asuntos exteriores, así como recuperar su honor y reafirmar su poderío mediante, por ejemplo, una mayor reciedumbre en el extranjero, mayores inversiones militares, menos prioridad en los derechos humanos y más para las operaciones de la CIA, el uso del comercio y la ayuda para fines de política exterior» (p. 18/19). A esta modificación de la política del presidente Carter y del llamado «síndrome de Vietnam» y «affaire Watergate» ayudaron notablemente la «segunda guerra fría» acrecentada por el tema de Afganistán (cfr. p. 33) y la necesidad de preservar el abastecimiento del petróleo del golfo Pérsico.

Finalmente, en esta parte, el autor insiste en el objetivo soviético de «finlandizar» Europa occidental, iniciado con la política alemana de la «Ostpolitik» (cfr. p. 51). Griffith sostiene que Europa occidental —gobernada en su mayoría por regímenes socialistas— esá dispuesta a sostener la política de la «detente» en contra de la estrategia desplegada por Reagan y agrega que «esta divergencia fue en gran medida resul-

tado de la frustración de Europa occidental porque, por un lado, no veía ningún futuro en cuanto a seguridad sin Estados Unidos, pero por otro, la política estadounidense le parecía cada vez más peligrosa, mediante una combinación que no tenía ninguna postura que ofrecer a Europa y donde ambos elementos eran contrarios a sus intereses: o una doble hegemonía contra la URSS, que limitaba la propia función de Europa en cuanto a seguridad mediante el control de armamentos, o el enfrentamiento con Moscú en el Medio Oriente en un momento en que el disuasor nuclear estadounidense era más débil. Los europeos occidentales consideraban tan peligroso esto que reaccionaron tratando de negociar por su cuenta con Moscú» (p. 45).

En la segunda parte el autor desarrolla el disenso existente en la URSS y en Europa oriental, con especial referencia a la cuestión polaca, motivo de un capítulo denominado «¿No está perdida Polonia todavía?». Allí realiza un detallado estudio de los factores de poder (Partido, Iglesia, Sindicatos) y sus interrelaciones en la crisis polaca recientemente vivida. Así por ejemplo aclara que «de hecho había en Polonia a mediados de 1981 cuatro partidos, de los cuales el único legal, el Partido Comunista, era el más débil y el más dividido. Los otros tres, Iglesia, Solidaridad y Solidaridad Rural, se hallaban en la situación irónica y paradójica de sentirse obligados a tratar de apuntalar al Partido Comunista legal, además de impulsar su renovación, so pena de que este último fuese aplastado por el Ejército Rojo» (p. 140).

En las conclusiones de este actualizado y sumamente documentado análisis Griffith recalca que la administración Reagan otorga prioridad a la defensa, mientras Europa occidental sigue prefiriendo la «detente», o sea «París y Bonn estaban decididas a preservar a Europa como una isla de la detente en plena segunda guerra fría soviético-estadounidense, esta vez en el Tercer Mundo. No obstante, la mayor parte de la administración Reagan estaba decidida a detener a la URSS en el Tercer Mundo aunque con eso se arriesgara a poner fin a la detente en Europa» (p. 158).

El autor concluye que el único camino para el futuro de Europa occidental consiste en la unidad y «tal unidad —y no la guerra fría, la detente ni la doble hegemonía soviético-estadounidense— seguían siendo la mejor garantía de su seguridad» (p. 163).

Florencio Hubeñák

LACALZADA DE MATEO, María José, *La Rioja, 1852-1902, un eslabón entre la tradición y el progreso*. Zaragoza, Edit. Librería Central, 1986.

Son frecuentes, aunque no tal vez cuanto se hubiera deseado, los estudios sobre la situación real de las clases más modestas de la sociedad decimonónica española, y sobre su mentalidad, reacciones y comportamientos ante el hecho mismo de sus formas de vida. Son menos frecuentes los estudios —aunque empieza a haberlos— sobre instituciones benéficas, centros asistenciales, círculos para obreros, etc., organizados por la burguesía para atender las necesidades materiales o culturales de aquellas clases. Falta quizá un estudio sobre el contacto vivo y cotidiano, la comprensión —o no comprensión— entre burguesía y proletariado, sus vivencias y convivencias, en el caso de que las hubiera; en suma, un estudio conjunto de las dos temáticas a que acabamos de referirnos, y su real práctica cotidiana.

El libro de María José Lacalzada, breve, sencillo, enjundioso, un poco en plan de esquema de trabajo, como que no contiene una palabra de más, hasta presentar los hechos con la densidad propia de unos apuntes, es un esbozo, si se quiere, el inicio de un trabajo más amplio, el desbroce de un camino que en adelante habrá que frecuentar, pero que no rehúye las dificultades del tema, y trata, no sin éxito, de presentarnos ese panorama entero y verdadero de los contactos entre las clases. Sólo por eso hubiera merecido los mayores plácemes.

Pero es que además viene a dejar en claro lo tópico que resulta el prurito de la aplicabilidad de los «modelos» a todas las situaciones. La Rioja no es, probablemente, la única excepción en España de un cuadro que siempre se nos ha pintado con las tintas más sombrías posibles, y que en muchos casos puede reflejar la verdad —y hasta reflejarla pálidamente—, pero que no se dio ni tuvo por qué darse siempre y en todas partes. No dejó de haber, por supuesto, en el ámbito riojano, indignantes desigualdades, indigencias mal atendidas, escasa sensibilidad ante los problemas, hipocresía o disimulo. Pero no se puede generalizar, ni parece ser ésta la tónica dominante. Cuando menos, no faltan los cuadros amables (y parece como si, en este campo, la historiografía hubiese dado sistemáticamente la espalda a las amabilidades).

Es verdad: puede que La Rioja de la segunda mitad del siglo XIX sea un caso típico, aunque sería demasiado aventurado —y prematuro— juzgar que el único. Aquí las desamortizaciones no descoyuntaron el cuadro de la propiedad agraria, ni supusieron la proletarianización del campesino. Los colonos accedieron a la posesión de sus parcelas, y se consagró un tipo de propiedad entre media y pequeña, familiar, tradicional, con una innata tendencia cooperativa, que fue la base de ese ambiente socioeconómico que dio tono a La Rioja de los mejores tiem-

pos. No siempre el propietario permaneció en la tierra, porque en determinados casos arrendó su parcela para invertir sus medianas rentas en sencillas pero bien pensadas aventuras industriales y comerciales. Y, como hace ver sin dificultades la autora, supo progresar y estar a tono con los tiempos —incluso en la actividad exportadora— sin necesidad de grandes tasas de capitalización.

Así se explica un tipo de sociedad capaz de unir con naturalidad tradición y progreso, en que las desigualdades sociales no fueron en muchos casos demasiado fuertes, y en que la solidaridad entre las clases —sobre todo en los tiempos de necesidad— se dejaba sentir de una manera espontánea y natural. No faltaron, ciertamente, grupos indigentes y momentos de grave penuria; pero de un modo más o menos eficaz, aunque siempre visible, el ejercicio, pudiéramos decir sistemático, de la caridad, actuaba como «mecanismo contenedor de la miseria» (p. 17).

La profesora Lacalzada estudia la mentalidad de las clases medias riojanas al mismo tiempo que las instituciones canalizadas por los municipios, la Iglesia o los particulares para sostener habitualmente a los necesitados. Los sistemas de «papeletas», «bonos», «ranchos», permiten el acceso a la Sopa Económica (1867: desde 1895, Cocina Económica), el Pan Barato, la Casa Refugio o las 56 Casas de Beneficencia distribuidas por toda la provincia, amén de un número similar de centros asistenciales, como hospitales, hospicios, asilos, etc., que hacen ver la densidad de centros benéficos —generalmente bien dotados y en pleno funcionamiento habitual— en un ámbito geográfico tan reducido.

Capítulo aparte merecen las Sociedades de Socorros Mutuos, de temprana implantación en La Rioja, nunca nacidas, como estaba previsto, por iniciativa de los propios trabajadores, sino por la de la Iglesia, o grupos de personas de las clases medias. No ocurrió, como en otras partes, la transformación de estas instituciones en *sociedades de resistencia*: en el caso riojano mantuvieron durante todo el siglo XIX un rasgo de sustitutivo de unas formas de seguridad social, inexistentes, por otra parte, a nivel institucional. La *Sociedad de Socorros Mutuos para la Clase Proletaria*, fundada en Logroño en junio de 1849, y dotada de larga vida, parece haber sido la más importante. Los montepíos —uno de los cuales, muy en la línea de su época, ostentaba como lema *uno para todos y todos para el desgraciado*— y las cooperativas, de fuerte tradición en la zona, tuvieron un similar sentido de solidaridad. El papel de la Iglesia fue muy importante en este sentido, «fomentando un espíritu de caridad conciliatoria entre las clases» (p. 61). Y los pudientes no dejaron de colaborar con una generosidad en modo alguno total, pero que no existe —o no se ha querido destacar— en otros casos. Sin que sus gustos dejasen de estar matizados en ocasiones por un

tópico tinte burgués, como el de aquel baile en el *Círculo de la Fraternidad* de Calahorra organizado para *practicar la caridad recreándose...*

No podía faltar, en un intento de visión de las dos caras, la búsqueda de situaciones de signo contrario. En La Rioja de la segunda mitad del Diecinueve es posible rastrear a veces la *presión de la multitud* (pp. 67 y ss.): motines de subsistencias, que nos recuerdan inevitablemente a los del Antiguo Régimen, momentos de penuria no siempre bien atendidos, protestas (no hubo otra importante que la, no muy social, contra los consumos), y hasta huelgas (la única que se menciona, no contra los patronos, sino contra el frío, que impide trabajar a la intemperie). Se explica que la recepción del socialismo —la del anarquismo, hasta entrado el siglo XX, fue nula— haya sido penosa y lenta. No hay socialistas en La Rioja hasta que en 1881, tras la diáspora madrileña, llegó a Logroño Toribio Reoyo, que entró en contacto con Tomás Escribano, el padre del socialismo riojano. En 1882, se fundó la primera sección, fundamentalmente con tipógrafos, que no podían ser muy numerosos en la ciudad. A juzgar por las cotizaciones, el número de miembros en los años 1883-84 osciló muy variadamente entre 6 y 30.

Algo más fuerte se encontraba la organización obrera en 1892, cuando tuvo lugar la primera visita de Pablo Iglesias; pero la movilización no debió ser muy grande cuando a un mitin organizado aquel mismo año por la Unión Obrera asistieron 52 personas. Sólo en los últimos años del siglo se echa de ver un cierto incremento en las actividades, como la celebración del 1.º de mayo, que tuvo lugar, por cierto, con banquetes, teatro y cohetería: evidentes signos —encuentra la autora— de «contaminación burguesa». Como que muchos de aquellos socialistas no muy guesdistas eran pequeños propietarios. «Logroño, teóricamente, hubiera sido un buen enlace en la expansión socialista entre el Norte industrializado y Castilla. Sin embargo, las condiciones de la zona en un momento optimista de desarrollo, sin acusados contrastes sociales y favorable a un trato mínimo entre las clases, era difícil caldo de cultivo para esta empresa» (p. 97).

En el siglo XX sería —aunque sólo en parte— otra cosa, y esto es lo que promete la autora en un trabajo ya próximo a la publicación. Pero lo que nos delata el estudio que acabamos de comentar es una situación —excepcional o no, eso habrá que averiguarlo— significativamente distinta de aquella que por lo general se nos ha estado presentando.

José Luis Comellas